

CAPÍTULO L.

*Las tribulaciones motivo de esperanza del cielo y consoladora señal de predestinacion para los amigos de Dios.*

Es muy particular lo que en el seno de nuestra amable Religion sucede con las tribulaciones; son estas segun San Juan Crisóstomo el fundamento de nuestras esperanzas. Y en efecto lo son nada menos que demostrando con su existencia una de las verdades mas grandes y mas fecundas en consecuencias magnificas, y ligada con el orden natural y con el sobrenatural, con el tiempo y con la eternidad descifradora del misterio del hombre sobre la tierra, y restablecedora del equilibrio de la justicia divina. Los justos padecen; luego hay para ellos otra vida inmortal en que sean premiados, mientras los iníquos á veces mas felices que ellos en este mundo, experimenten los castigos debidos á sus maldades; ó no es cierto que Dios existe, pues si existiera no podia faltarle la perfeccion de la

justicia, que en este valle de lágrimas suele ocultárenos por ese trastorno de los bienes y de los males. Por manera que es preciso derribar al Omnipotente de su excelso trono con la audacia mas estúpida y con la impiedad mas execrable, ó conceder que las tribulaciones de los justos son un bien inmenso, porque revelan que les aguarda un premio infinito, habiendo de ser en la vida de la eternidad infinitos todos los galardones, por lo menos en cuanto á su duracion.

El grande escándalo de los enemigos de la divina Providencia es el repartimiento, en la apariencia injusto, de la felicidad y de la fugaz desdicha que acá abajo toca en suerte á los hombres, y este cabalmente es el mas íntimo consuelo de las almas puras y atribuladas que siendo amigas de Dios se ven postas en los bienes terrenos á muchos de los que le ofenden con mas impío descaro; saben ellas que su Amado es incapaz de no corresponder al amor que le tienen de una manera propia de la grandeza de un Dios, y por otra parte ven que las trata á veces peor que á sus enemigos, y sacan una consecuencia de inefable consuelo superior á sus mas

amargas pesadumbres. Su esperanza de alcanzar el cielo casi raya en certidumbre de poseerlo.

El argumento filosófico que he enunciado, y ese dulcísimo sentimiento íntimo, que es como una aurora de gloria en los corazones virtuosos destrozados por los pesares, se corroboran grandemente con la ciencia positiva, que sobre tan consoladora verdad vive y reina en el gremio de nuestra madre la Iglesia Católica, y se difunde por medio de sus doctores sapientísimos.

Por mas que encubra tu beldad divina,  
Santa tribulacion, umbrío velo,  
De tí sale un torrente de consuelo  
Para quien con fé pura te examina;  
Porque es de Santos Padres fiel doctrina  
Que el Señor á la gloria de su cielo  
Al justo á quien inunda mar de duelo,  
Con sábia providencia predestina.

¡Ah, tan sublime y deliciosa idea  
Te hace mirar cual célico tesoro,  
Que con dulce esperanza lisonjea!  
¡Gloriosa eternidad respira el alma  
Por ella y se convierte el largo lloro  
Y la tormenta en jubilosa calma!

Leemos en el libro de Job que es dichoso el hombre á quien Dios corrige por medio de los trabajos: *Beatus homo qui corripitur à Deo*. Y aun se expresó el apóstol Santiago con mas claridad escribiendo que es feliz el que sufre la tentacion, porque cuando fuere probado recibirá la corona de vida que el Señor tiene prometida á los que le aman. Y todavía es mas terminante el Espiritu Santo al afirmar en el nuevo Testamento que conviene que entremos en el reino de Dios por medio de muchas tribulaciones. Estas son á no dudarle el camino de la gloria segun el repetido testimonio del apóstol San Pablo.

Si me inundas, Señor, en mar de penas  
Es porque anhelas que yo suba al cielo,  
Y me das alas para alzar el vuelo,  
Rompiéndome del mundo las cadenas.

Si á doloroso llanto me condenas,  
Sabes, Señor, que es mi salud el duelo,  
Pues me desata del mezquino suelo,  
Y por eso de hiel mi copa llenas.

Cuanto mas mis dolores multiplicas,  
Mas para el trance de la fiera muerte  
El débil corazon me fortificas.

Pues si la vida me es atroz tormento,

Y el no esperar tu gloria es ofenderte,  
¿No ha de ser dulce mi postrer momento?

Los libros santos ponen de manifiesto con admirables sentencias las ventajas, que producen los padecimientos; pero si bien su divina autoridad es mas que suficiente para convencernos de tan consoladoras verdades, la historia del antiguo Testamento y la de la Iglesia están llenas de luminosos ejemplos, que comprueban que la amargura del dolor hace abrir los ojos del alma para ver y tomar la senda que guia al cielo. Y si se quiere un ejemplo de nuestros dias, léase el incomparable libro de las *Prisiones de Silvio*, en que este hombre de corazon patético cuenta como San Agustin los pasos por donde el Señor le llevó entre cruelísimos dolores á la luz de su santificadora amistad.

Dulce cautivador de corazones,  
Sublime Silvio, amor del alma mia,  
Gloria de la sagrada poesía,  
Embeleso de todas las naciones.

¿Trocarás, dí, tus horas de aficciones  
Por un siglo de plácida alegría,  
Si debes celestial filosofía

Á dos lustros de llanto y de prisiones?  
Tu alma sensible en ellas se sublima,  
Y de ellas vuelve al mundo cual del cielo,  
Pues ya divino espíritu la anima.  
¡Yo bendigo tu largo desconsuelo,  
Pues que sin él de Escandinavia á Lima  
No derramarás divinal consuelo!

---

Todo á la eternidad un Dios eterno  
Debe ordenarlo, y Dios así lo ordena:  
Por eso envia al justo amarga pena  
Para perfeccionar al hombre interno.  
Aunque es un padre bondadoso y tierno  
Á los que mas estima mas condena  
Á la tribulacion, porque enajena  
Del mundo y pone aquí su breve infierno.  
En fugitivo daño el bien encierra,  
Pues limpia al alma el transitorio duelo  
Y se alcanza corona en la árdua guerra.  
Calle pues, calle quien se queja en vano,  
Por entre espinas caminando al cielo.  
¡Sepa que Dios le lleva de la mano!....

---

Los bienaventurados padecieron  
En sus santificados corazones  
Multiplicados males y baldones  
Mientras que desterrados estuvieron.

Mas cuando á las alturas se subieron  
En dulzuras y excelsos galardones  
Se mudaron sus duras aficciones,  
Que amarguras allá no los siguieron.

Pues por aquí se quedan los dolores,  
Que ruedan de continuo entre mortales,  
Sin que puedan subir hasta los cielos.

¿Y quien los fugitivos sinsabores  
Reputará nocivos si inmortales  
Se vuelven vivos frutos de consuelos?

#### CAPÍTULO LI.

##### *De la union de nuestra voluntad con la divina para la felicidad del pensamiento.*

El saber, como saben los verdaderos cristianos, que la tribulacion es un bien sirve admirablemente para que nuestra voluntad se conforme, se una, y se identifique con la divina por medio del amor, no solo acatando sino amando sus adorables disposiciones, aunque parezcan contrarias á las tendencias de nuestra enfermiza naturaleza. Y en esta union de nuestra voluntad con la del Legislador, árbitro y supremo gobernador del universo

está el principal resorte, ó mejor dicho, el todo de la felicidad del pensamiento. Cuanto acontece en el mundo, grande ó pequeño, lo ordena Dios; luego es indudable que quien unido esté omnímodamente con la voluntad divina, tendrá una parte al menos afectiva en esa universal ordenacion de cuanto acaece en los mundos visibles é invisibles, la amaré, y no es posible que disguste lo que se ama.

Complace sin duda alguna lo que se ama, y por eso la mente identificada con la adorable voluntad de Dios, puede estar siempre complacida viendo á todas horas que por donde quiera triunfan las irresistibles disposiciones de la omnipotente Ordenadora de todo. Su celestial fortaleza quebranta las fuerzas del averno; y encantando á querubines y arcángeles, la profundidad de su sabiduría es celebrada por los cielos con himnos inmortales; y su ternura se emplea en amar á los hombres. Sumisamente obedecen con rapidez á esta adorable voluntad los vientos, los mares, las tempestades, los astros y todas las potestades del firmamento. Si se aira, desaparecen los orbes.

¿Qué lengua expresaria lo que es la vo-

luntad del perfectísimo Rey de los siglos?....  
La voluntad de Dios encierra todas sus perfecciones infinitas. Es sapientísima, fortísima, poderosísima, justísima, y por último es la misma bondad de Dios. Y el corazón cristiano verdaderamente penetrado de esta sublime idea no podrá menos de hallar una mina de consuelo y hasta de gloria en el cumplimiento de esa voluntad divina, aun cuando le atribule. El amarla hace dulces los padecimientos; la consideración de sus perfecciones inefables embellece los males, que nos envía unas veces por castigo y otras para probar nuestra fidelidad.

Tu voluntad sublime,  
Ó Dios del alma mía,  
Amo porque está en ella  
Tu gran sabiduría.

Ámola, porque tiene  
Augustas perfecciones,  
Que enamorar debieran  
Todos los corazones.

Ámola, porque en ella  
Vive entera justicia,  
Que preside al gobierno  
De este mundo propicia.

Ámola, porque es dulce,  
Porque es bondad inmensa,  
Suavísima ternura,  
Y caridad intensa.

Ámola, porque ha sido  
La fuente de mi vida,  
Y á la inefable gloria  
Á subir me convida.

Ámola apasionado  
Porque es voluntad santa  
De mi Dios, que amoroso  
Me cautiva y me encanta.

Porque es tuya, Dios mío,  
Que mueres por mi culpa,  
Y das por mí tu sangre  
De mi yerro en disculpa.

¡Ámola yo por eso,  
Ámola yo, y me brindo  
Á ser tan solo suyo,  
Y á ella amante me rindo.

---

Siempre, Señor, tu voluntad divina  
Tiene su poderoso cumplimiento,  
Y pocas veces el humano intento,  
Pues con frecuencia en vanidad termina.

Como nave que náufraga se arruina,  
Así fracasa; y sirve de tormento  
Ver que, cual humo se disipa al viento,

Así en su perdicion se arremolina.  
Por eso nos importa con la tuya  
Omnipotente voluntad unirnos,  
Y de la nuestra vana desprendernos.  
¡Conviene que la nuestra se destruya,  
Y de la tuya triunfadora asirnos  
Si de veras ansiamos complacernos!

CAPÍTULO LII.

*Cuán dulce es al pensamiento la idea de  
la divina Providencia.*

La Providencia, que á todo atiende, de todo cuida y todo lo gobierna con omnipotencia y sabiduría prodigiosa, es la hija primogénita de la divina Voluntad, es su expresion operativa. Si bien hablando generalmente se comprende la Providencia como una personificación sublime de varios de los divinos atributos puestos en accion para el gobierno del universo y de todos los seres que lo pueblan; el principio de esta excelente madre de ternura para con los hombres está en la voluntad amabilísima de Dios.

Las mismas dotes de admirable alteza, la misma hermosura, el mismo poderío, la sabi-

duría misma, la misma infinita bondad y la misma eterna justicia que adoramos en la divina Voluntad, sabemos que se hallan en la Providencia. De aquí nace esa confianza dulcísima que en ella tienen puesta las almas virtuosas, porque viven seguras de que cuida maternalmente de ellas, y así se abandonan á su bienhechor gobierno con una envidiable paz, sin que turben la serenidad de su apacible pensamiento ni el tronar de las nubes, ni el ímpetu de los aguaceros inundadores, ni el fuego que viene devorando, ni el granizo que arruina las mieses y los frutos de los huertos, ni el espíritu de las tempestades, ni los contratiempos que asaltan á las familias, ni las calamidades públicas, ni las persecuciones mas encarnizadas, pues les consta que todo marcha al fin bondadoso que le ha señalado la adorada Providencia, y que ese fin es bueno para ellas, aunque no entiendan los elevados caminos por donde el Señor lleva los acontecimientos, las cosas y los hombres, disponiéndolo todo con una firmeza y suavidad imponderable. *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* Sap. 8.

¡Oh cuán plácida y dulce es la alta idea  
De que un Dios de bondad el orbe rige!  
Con ella me consuelo si me aflige  
El mal que el melancólico prevea.

Si el Señor toda su ternura emplea  
En gobernar el mundo y lo dirige  
Segun su sábia providencia exige:  
¿Qué podrá suceder que un bien no sea?

Rebrame el huracan de las pasiones,  
Alce su frente la feroz discordia,  
Sangre suden convulsas las naciones;  
Hay un Dios poderoso que á la tierra  
Silencio impone y en feliz concordia  
Apaga el voraz rayo de la guerra.

Yo no sé en qué consiste, pero es cierto  
que los males se presentan de ordinario bajo  
un aspecto lúgubre y dominante, que da á  
entender que han venido no para afligirnos  
por breve tiempo como huéspedes importunos,  
sino para tiranizarnos por siempre como per-  
pétuos opresores. Contra esta funesta manía  
de nuestra abatida imaginacion, tan dada á  
considerar cual duradero lo que nos mortifica,  
enseña la experiencia que por lo regular son  
vanas las reflexiones filosóficas; su único re-  
medio positivo y radical es el conocimiento

de la divina Providencia, y la amorosa con-  
fianza, con que viven entregados á ella los  
corazones de acrisolada virtud. Esto hace que  
reciban las desgracias cual pasajeras visitas  
de su amoroso Señor, que los prueba con  
trabajos, y que no se dejen avasallar por la  
melancolía, rechazándola hasta cierto punto  
con tener los ojos fijos en su Dios, esperando  
que pronto ha de consolarlos.

Tierna Casilda, en cuanto  
El sol con su luz dora  
Y la noche desdora,  
Alternan risa y llanto.

Sigue el gozo al quebranto,  
Luego rie el que llora,  
Pena devoradora  
Va en pos de alegre canto.

Pero de arriba vienen  
Los pesares y gustos,  
Y poco se detienen.

Por eso no suspiras  
Si te llueven disgustos,  
Y á Dios tan solo miras.....

Una de las amarguras que mas acibaran  
la vida de los hombres pensadores es la de  
fijar la mente en las siniestras nubes de los

horizontes políticos y sociales, divisando de cerca ó á lo lejos asoladoras tempestades, y temblando de antemano y comunicando su pavoroso espanto á cuantos dirigen la palabra. Por eso es una peste la de los negros presagios. ¿Quién se libra de ella? Solo el que adora con fé, esperanza y caridad á la divina Reguladora del universo.

Como cuando de horrendas tempestades  
Van las nubes preñadas retronando,  
Y horizontes sombríos enlutando,  
Anuncian descargar calamidades;  
Estremeciendo así las sociedades,  
Y volcanes ignívomos forjando,  
Va el furibundo siglo amenazando  
Desolacion extrema y mortandades.  
Llora el género humano tembloroso;  
Yo empero, ó Rey del mundo, yo confío  
En misericordiosa omnipotencia.

¡Sé que tu amor es todopoderoso!  
¡Sé que salvarnos quieres, Padre mío!  
¡Sé que nos salvará tu Providencial!

---

Divina Providencia,  
Que con leyes ocultas  
Al cielo me conduces

Por vereda segura,  
Contigo el alma mia  
Tiene inmensa deuda,  
Pues siempre la has mirado  
Con maternal ternura.  
Siempre que con su peso  
La tristeza me abrumba,  
Ó el dolor sus puñales  
En mi pecho sepulta,  
Desde el profundo abismo  
De mi horrible amargura,  
Á tí alzo, en tí fijo  
Mis ojos de luz mustia.  
Y á mi socorro vuelas  
Cual madre de dulzura.  
Con tus rayos de gloria  
Me consuelas, me alumbras,  
Y disipas cual humo  
Mi tristeza profunda.  
En júbilo conviertes  
Mi dolorosa angustia,  
Y en un corazon nuevo  
El corazon me mudas.  
Tal bondad y cariño  
¿Cómo pagar? No, nunca  
Pagarte podrá mi alma;  
Pues su indigencia es mucha.  
Mas aunque pobrecilla,



La ingratitud le asusta,  
Y así por verse libre  
De tan odiosa culpa  
Vivirá repitiendo:  
«¡Ó Providencia augusta,  
Te muestras dulce madre  
Al que á tí se refugia!»

### CAPÍTULO LIII.

#### *De cómo el espíritu de penitencia hace mas suaves las tribulaciones.*

La eterna salvacion del hombre, que es el supremo bien, está vinculada á la inocencia ó al arrepentimiento ó penitencia. Profundamente penetrados de esta verdad los cristianos, conociendo que por la pérdida de nuestra inocencia no podemos ser admitidos en el augusto palacio de la gloria, miramos la penitencia como la única tabla de salvacion en el naufragio que ha hecho nuestra alma, sumergiéndose en el abismo de la culpa. Esta doctrina hace considerar la penitencia como un bien inmenso. Mas ya se entenderá que ahora no hablo de los de tibia fé, sino de

los que atienden á la vida futura de sus almas. Para estos existe el convencimiento de que por sus culpables flaquezas tienen con el Juez eterno una cuenta pendiente, cuyas terribles partidas se han de ir cancelando por medio del dolor voluntario ó por la humilde aceptacion de los padecimientos que el Señor les envia. Tan grabada está semejante idea entre los fieles que es muy comun cuando á una persona de virtud se ve padecer larga y cruelísimamente el imaginarse y decir que Dios le ha puesto el purgatorio en este mundo, y que cuando salga de él es muy probable que vuele en derecha á los cielos.

Si así piensan los espectadores, ¡cuán íntimo consuelo será para el alma paciente cada uno de sus trabajos, estando segura de que los ofrece y los sufre resignadamente en satisfaccion de lo que debe al Todopoderoso por lo que le ha ofendido! ¿No se alegra el deudor cuando tiene la dicha de pagar á sus temidos acreedores? ¿No se descarga de un enorme peso? ¿Y no es mayor fortuna el sentir que se van rompiendo por medio de la satisfaccion penitencial las cadenas que nos impedirian subir á la patria del gozo y de la